

# Sobre la hegemonía. Engels precursor de Lenin y Gramsci

 **Gerardo Ambriz Arévalo**

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

## Resumen

En el presente artículo intento mostrar que en la obra tardía de Friedrich Engels se encuentran varias ideas que pueden asociarse al concepto de hegemonía. El texto que concentra la mayoría de dichas ideas está en el prólogo que Engels realiza en 1899, justo en el año de su muerte, para la obra de Karl Marx titulada *Las luchas de clases en Francia*. Previamente al análisis del prólogo, también conocido como su “testamento político”, expondré los diferentes sentidos que tuvo el concepto de hegemonía en las obras de Lenin y Gramsci, exposición que nos ayudará, por un lado, a revisar las interpretaciones de Perry Anderson, Cristine Buci-Glucksmann, Jacques Texier, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, José Aricó, Atilio Boron, entre otras; y, por el otro, a problematizar el concepto en cuestión y ver cuál fue el aporte de Engels y en qué se adelantó a lo tratado por el ruso y el italiano, respectivamente.

**Palabras clave:** Marxismo; Ideología; Hegemonía; Revolución; Lucha de clases

Ambriz Arévalo, G. (2021). Sobre la hegemonía. Engels precursor de Lenin y Gramsci. En J. Ortega y G. Ambriz Arévalo (Eds). *El espíritu pensante: Engels en su bicentenario* (pp. 121-165) Religación Press <https://doi.org/10.46652/religacionpress.2.c5>



## Introducción<sup>1</sup>

Casi desde el momento de su muerte la obra de Friedrich Engels se ha visto envuelta en una serie de controversias, no sólo en el ámbito del anti-marxismo, sino también en el ámbito de los que se declaran simpatizantes y seguidores de la teoría encabezada por Karl Marx. Llama la atención que incluso quienes se asumen como marxistas son los que han vertido los señalamientos más severos contra el autor de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Estos van desde el desprecio de sus ideas, pasando por las acusaciones de traición a la dialéctica de Marx (2004, p. 178; Schmidt, 1976, p. 31), y al socialismo<sup>2</sup>, hasta llegar, en los casos más extremos, a considerar su obra madura como sinónimo de la doctrina soviética del *Diamat*.<sup>3</sup>

A pesar de todos esos ataques a la obra de Engels existe el caso de autoras y autores que han intentado defender la interpretación que hizo de Marx<sup>4</sup>, y que incluso han mostrado la originalidad y la actualidad que tienen sus planteamientos en los terrenos de la teoría y de la práctica política, en especial los concernientes al ecologismo<sup>5</sup>, al feminismo<sup>6</sup> y en general a la estrategia de lucha para conquistar

---

1 Este trabajo es parte de una investigación posdoctoral realizada actualmente en el Programa Institucional de Maestría en Filosofía de la Cultura, y ha recibido el apoyo económico del CONACYT.

2 Como señala Kangal: “Una historia sugiere que Engels no es sólo el cofundador del socialismo moderno, pero también su malévol detractor” [One tale suggests that Engels is not just the co-founder of modern socialism but also its malevolent detractor] (Kangal, 2020, p. 3).

3 El caso más emblemático es el de Lucio Colletti (1977).

4 Recientemente, César Ruiz (2019, p. 12) intentó poner en su justa dimensión lo que quiso hacer Engels con la teoría de Marx. En este mismo sentido, véase José Manuel Bermudo (1979, p. 138). Por su parte, José Ferraro (1998, pp. 38-39) elaboró todo un argumento en contra de Colletti, Sartre y Lukács, quienes sostenían que Engels distorsionó la dialéctica de Marx.

5 Michael Löwy (2012) es quien se ha encargado de mostrar los aportes de Engels al pensamiento ecologista.

6 Sobre el aporte de Engels a la reflexión sobre el feminismo, revisar a Sayers et al., (2010).

el poder político. Y es en el tema de la estrategia en el que quiero centrarme en este escrito, pues gira en torno a la cuestión de la hegemonía que, aunque Engels no utilizó este término, está latente en varias de sus obras, principalmente en la famosa introducción hecha en 1895 al texto de Marx conocido como *Las luchas de clases en Francia*. Sin duda, el concepto de hegemonía es hoy en día uno de los más debatidos en el ámbito de la filosofía y la ciencia política. Sólo que en dichos debates se ha tendido a destacar la figura de Antonio Gramsci, dejando a Lenin en el margen y a Engels en el olvido. A manera de homenaje y recordatorio, el objetivo en las siguientes líneas es resaltar la importancia y actualidad de las ideas de Engels sobre la hegemonía, no sin antes exponer lo teorizado al respecto por Lenin y Gramsci, lo cual servirá para mostrar cómo sus principales tesis se encontraban en germen en la obra tardía del comunista de Barmen.

## La hegemonía en Lenin

En *La palabra H*, Perry Anderson hace un rastreo histórico del término “hegemonía”, el cual va desde la antigua Grecia hasta nuestros días. En su análisis de este concepto, ubica a Herodoto como el primero en hablar de “hegemonía” (ἡγεμονία), esto para referirse al liderazgo espartano dentro de una alianza de ciudades-Estado para enfrentar militarmente “la invasión persa de Grecia” (2018). De ahí, se salta hasta la Alemania de mediados del siglo XIX, donde en varios círculos académicos y periodísticos se hablaba de hegemonía (Hegemonie-Vorherrschaft) también en el sentido de liderazgo, pero aludiendo a Prusia “como el reino capaz de liderar a los demás Estados alemanes en el camino hacia la unidad” (Anderson, 2018).

Según el historiador marxista, será en plena agonía del siglo XIX cuando el término “hegemonía” no se referirá a las relaciones políticas entre los Estados, sino a las relaciones “dentro de uno de

ellos”. Y no será en Alemania, sino en Rusia donde surgirá la versión clásica de éste, precisamente en el contexto de las discusiones y escritos de las principales figuras del movimiento político anti-zarista: Pavel Axelrod, Gueorgui Plejánov y Lenin. Perry Anderson no se detiene mucho en los primeros dos autores, simplemente cita dos fragmentos escritos por ellos en 1900 y 1901, respectivamente. De Axelrod cita lo siguiente: “Mantengo que, sobre la fortaleza de la posición histórica de nuestro proletariado, la socialdemocracia rusa puede ganar la hegemonía en la lucha contra el absolutismo” (Anderson, 2018, p. 17). Y de Plejánov esto otro: “«nuestro partido debe tomar la iniciativa en la batalla contra el absolutismo» a fin de ganar para «la socialdemocracia rusa –la vanguardia de la clase obrera rusa– la hegemonía política en la lucha contra el zarismo»” (Anderson, 2018, p. 17).

El caso de Lenin es especial para Anderson, y en su opinión es el autor que primero aborda la cuestión de la hegemonía de una manera más sistemática, ya que para él este término no era algo “aleatorio” y suponía toda una estrategia sobre cómo el proletariado podría ganar la hegemonía (*gegemoniya*) y aspirar al triunfo de su revolución a través del establecimiento de alianzas con otras clases, en especial con la clase campesina. Así, Perry Anderson (2018) resalta aquel sentido leninista de hegemonía donde se pone el énfasis en el “liderazgo político” a cargo de la clase obrera dentro de una “alianza de clases”, sentido que se encuentra en sus textos escritos entre 1902 y 1917, pues ahí Lenin defendía la alianza, pero liderada o dirigida por la clase trabajadora, toda vez que la burguesía liberal no asumía ese papel ni era capaz de representar una fuerza real contra el absolutismo. Anderson cita un fragmento donde Lenin planteaba claramente que si la vanguardia proletaria no tomaba la iniciativa “dejaría a los liberales al mando, pondría en sus manos la educación política de los trabajadores [y] les cedería la hegemonía en la lucha política” (2018, p. 18). Esta advertencia fue escrita por Lenin en 1902, y es una de las tantas que

aparecen en su artículo publicado en *Iskra*: “La agitación política y el punto de vista de clase”. Fue con el paso de los años como el revolucionario ruso fue reconociendo cada vez más la importancia estratégica detrás del hecho de que el proletariado estableciera y liderara una alianza con la clase campesina. Según la interpretación el autor de *El Estado absolutista*, “el campesinado era el aliado fundamental que la clase obrera debía reunir tras de sí, guiando las fuerzas elementales de la rebelión en el campo, ahora en pleno despliegue, hasta una victoria común sobre el zarismo” (Anderson, 2018, p. 18).

Dicha alianza era fundamental para Lenin en un contexto de 1905 que incluía el primer ataque importante que tuvo que enfrentar el régimen de Nicolás II. Y lo seguirá siendo en 1917, lo cual se refleja en su obra *Las tesis de abril*, donde no se olvidó de incluir los intereses de la clase campesina en el proyecto socialista. En la segunda tesis, por ejemplo, Lenin hace un llamado al partido bolchevique para que éste, aprovechando la coyuntura, animara al proletariado a pasar de la etapa revolucionaria donde se encumbró la burguesía liberal (la Revolución de febrero), a la etapa “que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado” (2004, p. 15). En las tesis 3, 4 y 5, por su parte, interpela al partido bolchevique en el sentido de dar la batalla en el terreno ideológico para, por un lado (tesis 3), demostrar que el gobierno provisional es un “gobierno de capitalistas”, y como tal tiene intereses de clase que quieren ocultar bajo el manto de la defensa de los intereses de toda Rusia; por el otro (tesis 4 y 5), lo interpela para explicar a las masas que la única salida a los problemas rusos era que los “Sóviets de Diputados Obreros, Braceros y Campesinos en todo el país” (Lenin, 2004, p. 17), encabezaran el gobierno revolucionario.

También en 1917, pero unos días después de la Revolución de octubre, Lenin reiteraba su confianza en el mantenimiento de la alianza entre los obreros y campesinos, pero ya con la mira puesta en

el establecimiento de un socialismo garante de los intereses comunes de ambas clases:

Al referirme a la alianza de los obreros bolcheviques con los eseristas de izquierda, en quienes depositan hoy su confianza muchos campesinos, procuré demostrar en mi discurso que dicha alianza puede ser una “coalición honrada”, una alianza honrada, ya que no existen divergencias radicales de intereses entre los obreros asalariados y los campesinos trabajadores y explotados. El socialismo puede satisfacer plenamente los intereses de unos y otros. Sólo el socialismo puede satisfacer sus intereses (1961a, p. 269).

Queda claro que para Lenin la hegemonía era crucial para el triunfo de la revolución, pero también era importante para la constitución del proletariado como clase, pues como él dijo: “Desde el punto de vista del marxismo, la clase que niega o no comprende la idea de la hegemonía no es una clase — o no es aún una clase—, sino un gremio o una suma de diversos gremios” (1977, p. 48). Pero la hegemonía y la alianza propuesta por el autor ruso no involucraba solamente al campesinado, también apuntaba a la unión con otras clases o grupos marginados. Perry Anderson cita el siguiente fragmento donde Lenin claramente sugiere al proletariado apoyar activamente a cualquier movimiento o grupo social, por muy pequeño que sea, con la finalidad de reafirmar su hegemonía o liderazgo y convertir la protesta en un movimiento revolucionario:

He ahí por qué nuestro deber primordial es el de explicar al proletariado, ampliar —y, mediante la participación activa de los obreros—, apoyar toda protesta liberal y democrática, sea esta protesta provocada por un choque de los miembros del *zemstvo* con el Ministerio del Interior o de los nobles con el régimen policial de la Iglesia ortodoxa, o de los estadísticos con los sátrapas zaristas, de los campesinos con los *zemskie nachdlniki*, o de los miembros de sectas religiosas con la

policía, etc. Quienes fruncen despectivamente el ceño ante la insignificancia de algunos de estos choques o la «poca esperanza» de transformarlos en un incendio general no comprenden que la múltiple agitación política es justamente el foco hacia el que convergen los intereses esenciales de la educación política del proletariado con los intereses esenciales de la evolución social de todo el pueblo, es decir, los intereses de todos los elementos democráticos que lo componen (2018, p. 17).

En su texto de 1905, “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, texto fundamental para entender la hegemonía en Lenin, habla de una batalla ideológica que debe implementar la dirigencia partidista para contrarrestar la confusión que generaba el mezclar y “confundir las consignas políticas populares del proletariado revolucionario con las de la burguesía monárquica”, y, además, para evitar que se adulteraran “las condiciones de la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo”. Esta lucha ideológica, según él, evitaría la desorientación y la desorganización proletaria y, más importante aún, contribuiría a “indicar el único camino de la victoria y agrupar en torno a la consigna del proletariado a todos los elementos revolucionarios y republicanos del pueblo” (1976, p. 56).

Respecto a la importancia de la ideología en la articulación hegemónica, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2015) señalan que Antonio Gramsci fue el primer marxista en concebirla en sentido materialista y en no ponerla como sinónimo de “falsa conciencia”<sup>7</sup>. Me parece que eso no es así, ya que la ideología en Lenin, lo mismo que en Engels, como lo veremos más adelante, es un factor que tiene

---

7 “Todo depende de, pues, de cómo se conciba a la ideología. Aquí Gramsci vuelve a distanciarse de la problemática clásica en dos puntos fundamentales. El primero se basa en su concepción material de la ideología. La ideología no se identifica para Gramsci con un «sistema de ideas» o con la «falsa conciencia» de los autores sociales, sino que es un todo orgánico y relacional, encarnado en aparatos e instituciones, que mantiene la unidad de un bloque histórico en torno a ciertos principios articularios básicos” (Laclau y Mouffe, 2015, p. 101).

un impacto material en las luchas sociales y de ninguna manera se pueden reducir ni a una cuestión de “ideas” ni a una “falsa conciencia”. Como se puede apreciar en la siguiente cita, la ideología puede servir para encubrir intereses de clase inconfesables, pero también sirve para generar conciencia, educar, organizar, motivar y generar vínculos entre las masas:

Todo el trabajo habitual, regular, cotidiano de las organizaciones y grupos de nuestro partido, la labor de propaganda, agitación y organización, está orientado a robustecer y ensanchar la vinculación con las masas. En los períodos revolucionarios esta labor es más necesaria que nunca. En tales momentos, la clase obrera se siente instintivamente impulsada a la acción revolucionaria abierta, y nosotros debemos saber plantear con acierto los objetivos de esa acción para difundirlos después del modo más vasto posible y lograr que sean comprendidos. No hay que olvidar que el pesimismo en boga sobre nuestros vínculos con las masas suele emplearse ahora como pantalla para encubrir las ideas burguesas sobre el papel del proletariado en la revolución. Es indudable que aún tenemos que trabajar muchísimo para educar y organizar a la clase obrera (Lenin, 1976, p. 14).

Ideas leninistas como esta, fueron interpretadas por Alejandro Sánchez como una respuesta clara a las críticas de Laclau y Mouffe al supuesto determinismo económico marxista, consistente en que toda ideología está determinada por el lugar que ocupa su portador dentro de las relaciones de producción, pues Lenin “hace hincapié en el trabajo de propaganda, pedagogía política y formación que permitirá ensanchar las fronteras políticas de la sociedad civil rusa” (Sánchez, 2019, p. 411), es decir, el revolucionario rusa nunca consideró que la situación de la clase generaba automática y mecánicamente tanto un “sujeto revolucionario” como la ideología de dicho sujeto<sup>8</sup>. Este



mismo autor señala las inconsistencias que tiene el argumento de la pareja de autores para mostrar que la hegemonía en Lenin obedece a una simple “alianza de clases” cuyo vínculo es el grosero interés económico. En este sentido, dice Alejandro Sánchez, Lenin “sugiere un concepto de hegemonía que no es tanto una mera “alianza de clases” como una operación de conciencia política y liderazgo, esto es, destinada a la formación de determinados consensos entre amplias capas de las clases subalternas” (2019, p. 412).

Según lo interpreta Sánchez Berrocal, lo que une a las clases explotadas, y permite la hegemonía de una de ellas, no es un simple interés económico, ello implica “una operación de concienciación política y liderazgo, esto es, destinada a la formación de determinados consensos entre amplias capas de las clases subalternas” (2019, p. 412). Esto significa que Lenin no era tan ingenuo como para creer que una alianza y el liderazgo se realiza simplemente con que cierta clase social negocie con otra qué intereses entran, y cuáles no, dentro del pacto. Además de esto se requiere de toda una estrategia ideológica para convencer a otras clases del proyecto socialista, pero no un proyecto que lo elabora cierta élite del partido para imponerlo a rajatabla, sino uno que es construido por el proletariado y sus aliados antes, durante y después del triunfo revolucionario. En 1905 Lenin hablaba de “imprimirle” a la revolución contra el zarismo un “sello proletario, o, para decirlo más exactamente, el sello proletario-campesino” (1976, p. 55). En abril de 1918, cuando al fin la alianza se consolidó con el triunfo de la revolución, Lenin escribió “Las tareas inmediatas del poder soviético”, y, como se puede apreciar, seguirá defendiendo la importancia de fortalecer la alianza proletario-campesina con miras en la construcción de la “nueva sociedad”:

---

otras capas del pueblo, no se explican sin la elaboración de un discurso ideológico efectivo: “¡A la cabeza de todo el pueblo y, en particular, de los campesinos, por la libertad total, por la revolución democrática consecuente, por la república! ¡A la cabeza de todos los trabajadores y explotados, por el socialismo! Esta debe ser, en la práctica, la política del proletariado revolucionario, ésta es la consigna de clase que debe inspirar y determinar la solución de todos los problemas prácticos, todos los pasos prácticos del partido obrero durante la revolución” (1976, p. 110).

La misión principal del proletariado y de los campesinos pobres, guiados por él, la constituye, en toda revolución socialista, el trabajo positivo o constructivo de formación de una red extraordinariamente compleja y delicada de nuevas relaciones de organización, que abarquen la producción y distribución planificada de los productos necesarios para la existencia de decenas de millones de hombres. Una revolución de esta naturaleza sólo puede verse coronada por el éxito cuando la mayoría de la población y, ante todo, la mayoría de los trabajadores, demuestre una iniciativa creadora histórica independiente. La victoria de la revolución socialista quedará asegurada únicamente cuando el proletariado y los campesinos pobres logren el grado suficiente de conciencia, firmeza ideológica, abnegación y tenacidad. Al crear un nuevo tipo de Estado, el Estado soviético, que abre ante las masas trabajadoras y oprimidas la posibilidad de participar activamente en la construcción independiente de la nueva sociedad, no hemos resuelto más que una pequeña parte de un problema difícil (1961b, p. 356).

Las ideas que aparecen en este fragmento son un claro ejemplo de que para Lenin los retos para alcanzar y mantener la hegemonía son más complejos de lo que parece. Si la hegemonía proletaria era indispensable para la conquista del poder político, lo será también para mantenerse en el poder, y para construir, con la ayuda de los campesinos, nuevas relaciones sociales de producción, una ideología y valores acordes con el socialismo y, en general, una nueva sociedad. No obstante, Lenin no apostaba todo a la hegemonía para establecer el socialismo, pues sabía que en los momentos inmediatos al triunfo revolucionario se requeriría del uso de la fuerza para contener los embates contrarrevolucionarios, es decir, pensaba que, para consolidar el socialismo, y después el comunismo, no había otro medio más que establecer, temporalmente,<sup>9</sup> “la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos” (1976, p. 56).

---

9 “La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado es, sin discusión, sólo un objetivo transitorio y temporario de los socialistas” (Lenin, 1976, p. 81).

Como dice Perry Anderson, en Lenin, y posteriormente en Gramsci, la hegemonía, para ser efectiva, siempre debe ir de la mano de la fuerza. Esto es así en los momentos pre-revolucionarios, pues según él, para Lenin “la hegemonía en una guerra corresponde al que lucha más enérgicamente, que nunca pierde la oportunidad de golpear al enemigo” (2018, p. 18). Pero también es indispensable una vez conseguido el triunfo por parte del proletariado y las clases aliadas, ya que es urgente establecer un gobierno donde “la dictadura –gobierno por la fuerza– se ejercería sobre el enemigo de clase, esto es, los terratenientes feudales y los capitalistas burgueses” (Lenin, 2018, p. 18), y donde “la hegemonía –gobierno por consentimiento– regiría las relaciones de la clase obrera con [las] clases aliadas, sobre todo el campesinado, que constituía la abrumadora mayoría de la población” (Lenin, 2018, p. 18). Dicho en palabras de Lenin:

El proletariado necesita el poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de “poner en marcha” la economía socialista. Educando al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente y el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar su propia vida social (1961c, p. 157).

## **La hegemonía en Antonio Gramsci**

Quienes se han ocupado de establecer cuáles fueron las fuentes del concepto de hegemonía formulado por Antonio Gramsci coinciden en que la principal de ellas es Lenin. El texto que estamos siguiendo de Perry Anderson (2018) no es la excepción, ya que del revolucionario ruso se pasa inmediatamente a la exposición de las

características principales de la teoría gramsciana sobre la hegemonía. Anderson argumentará que lo propuesto por Lenin acerca de la hegemonía entendida como liderazgo dentro de una “alianza de clases” tuvo un fuerte impacto en los escritos de Gramsci previos a su encarcelamiento, sólo que durante el encierro irá conformando un concepto de hegemonía en el sentido de “dirección intelectual y moral” que implica una problemática distinta y una complejidad nunca alcanzada en los “debates rusos”.

En cuanto a la concepción de la hegemonía que implica la “alianza de clases”, Gramsci realmente no aporta algo que supere considerablemente lo dicho por Lenin. Dicha concepción es muy clara en los escritos previos a su encarcelamiento, y se irá enriqueciendo a la par de su deterioro dentro de la cárcel. La idea respecto a la alianza de clases más conocida y citada de Gramsci es la expresada en 1926 en *La cuestión meridional*. Ahí se señala lo siguiente:

...el proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués la mayoría de la población trabajadora [...] en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas (2002, p. 77).

La mayoría de los comentaristas que pude revisar, ubican este texto de Gramsci como el punto de partida de su análisis. Pocos de ellos hicieron la reconstrucción hecha la filósofa francesa Cristine Buci-Glucksmann, quien muestra que desde 1924 Gramsci ya había expresado, en *L'Ordine Nuovo*, sus primeras impresiones sobre la cuestión de la hegemonía, y esto bajo una fuerte influencia de dos ideas expresadas por Lenin. La primera aparece en las *Dos tácticas*:

Desde el punto de vista proletario, la hegemonía pertenece al que combate en la lucha con más energía, a aquel cuyas palabras corresponden con sus actos y que, por esa razón, es el jefe ideológico de la democracia y critica toda irresolución (Como se citó en Buci-Glucksmann, 1979, p. 226).

La segunda, en cambio, es una de las tesis que Lenin vertió en el III Congreso de la Comintern en 1921:

Para la victoria es preciso contar con las simpatías de las masas. Es cierto que no siempre es imprescindible la mayoría absoluta; pero para triunfar, para mantener el poder, no sólo es necesaria la mayoría de la clase obrera... sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora (Como se citó en Buci-Glucksmann, 1979, p. 242).

De estos dos planteamientos, según Buci-Glucksmann, Gramsci extrae la esencia y expresa lo siguiente en *L'Ordine Nuovo*, un número especial dedicado a Lenin en marzo de 1924:

El bolchevismo ha desarrollado por vez primera en la historia internacional de la lucha de clases la idea de la hegemonía del proletariado, y ha planteado, prácticamente, los principales problemas revolucionarios que Marx y Engels habían propuesto teóricamente. La idea de la hegemonía del proletariado, dado que ha sido concebida histórica y concretamente, lleva en sí la necesidad de un aliado para la clase obrera: el bolchevismo ha encontrado este aliado en la masa de los campesinos pobres... la revolución se presenta como una hegemonía del proletariado que guía a su aliado, la clase de los campesinos (1979, pp. 224-225).

Unos meses más tarde, pero en el mismo 1924, Gramsci, como bien lo muestra Buci-Glucksmann, se mantiene firme en esa

convicción e intenta llevar la estrategia leninista de la alianza de clases a su tierra natal: “nuestro partido se ha planteado explícitamente, por primera vez, el problema de convertirse en el partido de las grandes masas italianas, de convertirse en *el partido que realice la hegemonía del proletariado* en el amplio marco de una alianza entre la clase obrera y la masa de los campesinos” (Como se citó en Buci-Glucksmann, 1979, p. 246).

Ahora bien, en los escritos gramscianos que van de 1924 a 1926 no se nota una novedad respecto a lo dicho por Lenin sobre la hegemonía. Será a partir de 1927, en el transcurso de su criminal reclusión, como Gramsci, a decir de Aricó, irá introduciendo “los elementos de *novedad* de su pensamiento” (1988, p. 87), es decir, ubicará el concepto de hegemonía en una problemática distinta a la que guió a Lenin. Como dice Perry Anderson, de la problemática de la alianza de clases para conquistar el poder bajo la dirección del proletariado, Gramsci pasó a la problemática de cómo “caracterizar formas estables de gobierno por cualquier clase social”, es decir, a la problemática donde la pregunta central será sobre el tipo “consentimiento” o “sumisión de adversarios a un orden enemigo” (2018, p. 2021). En su texto *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Anderson (2006) será más específico al señalar que la concepción de hegemonía pasó de ser una estrategia de “guerra de maniobras”, apta para un tipo de sociedad oriental (como fue el caso de la sociedad rusa), a una “guerra de posición”, aplicable a una sociedad occidental<sup>10</sup>. La estrategia a seguir no debe ser la misma si se toma en cuenta que la relación entre el Estado y la sociedad civil es diferente

---

<sup>10</sup> Buci-Glucksmann señala que Gramsci fue consciente de esta distinción gracias a esta reflexión de Lenin de 1918 sobre la diferencia entre una formación social como la rusa y otras donde existe un capitalismo que cuenta con instituciones culturales más avanzadas que le ayudan a sostener su poder. Aludiendo al mismo Lenin, Gramsci dirá lo siguiente: “Me parece que Ilich había comprendido que era necesario pasar de la guerra de movimiento, victoriosamente aplicada en Oriente el año 17, a la guerra de posición, que era la única posible en Occidente” (Gramsci, como se citó en Buci-Glucksmann, 1979, p. 244).

en los dos tipos de sociedad. En el caso de las sociedades orientales, el Estado concentra la mayoría del poder y, por lo mismo, su conquista implica un ataque directo (la guerra de maniobra). En las sociedades occidentales, en cambio, dado que el poder estatal está apuntalado por una serie de instituciones de la sociedad civil, la estrategia idónea es la lenta “guerra de posiciones” que depende de la lucha ideológica para alcanzar la hegemonía. Perry Anderson cita varios fragmentos de los *Cuadernos de la cárcel*, pero el que muestra claramente la distinción es el siguiente:

En Oriente, el estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente existía una relación apropiada entre estado y sociedad civil, y cuando el estado temblaba, la robusta estructura de la sociedad civil se manifestaba en el acto. El estado sólo era una trinchera avanzada, tras de la cual había un poderoso sistema de fortalezas y casamatas; más o menos numerosas de un estado al otro, no hace falta decirlo –pero precisamente esto exigía un reconocimiento exacto de cada país individual (Gramsci, como se citó en Anderson, 2006, p. 22).

Lo que mantuvo ocupado a Gramsci durante el encierro, entonces, fue lo de los alcances de la guerra de posición y lo de dar cuenta de dónde y cómo hace valer su hegemonía la clase capitalista, lo cual hizo que se enfocara más en la cuestión de la hegemonía entendida como liderazgo “intelectual y moral”, y en la lucha ideológica que lleva implícita. Así plantea Gramsci estos dos aspectos:

Las ideologías ya existentes se transforman en “partido”, se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano

corporativo sino sobre un plano “universal” y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados (1980, p. 57-58).

Sobre la cuestión del liderazgo intelectual, Laclau y Mouffe (2015) dirán que en eso consiste precisamente la gran diferencia entre la hegemonía en Lenin, entendida como “liderazgo político” y donde subyace, según ellos, una lógica de intereses de sectores sociales preconstituidos” (la alianza de clases), y la hegemonía en Gramsci, que implica un liderazgo, pero “intelectual y moral”. En el primer caso, la hegemonía,

...puede establecerse sobre la base de una coincidencia coyuntural de intereses que mantenga separada la identidad de los sectores intervinientes; mientras que, en el segundo, supone que hay un conjunto de «ideas» y «valores» compartidos por varios sectores o, en nuestras propias palabras, que ciertas posiciones de sujeto cortan transversalmente a varios sectores de clase (Laclau y Mouffe, 2015, p. 101).

Los dos autores también sostendrán que en toda su obra Gramsci entendía la hegemonía bajo esas dos lógicas<sup>11</sup>, no obstante, ellos quisieron rescatar el aspecto intelectual y moral por encajar mejor dentro de sus propósitos de formular una teoría sobre la hegemonía y la democracia radical que le adjudicaba a cualquiera de los nuevos movimientos sociales (feministas, ecologistas, etc.) un potencial hegemónico, más allá de los movimientos de clase.

Tengan o no tengan razón, Laclau y Mouffe fueron quienes más pusieron el énfasis en la dimensión “intelectual y moral” como el

---

11 Javier Balsa analiza las dos dimensiones que tiene la hegemonía en Gramsci, como alianza de clases y como dirección intelectual y moral”, e introduce una más: “hegemonía estructurada a partir de la difusión de un “modo de vida” que favorecería la aceptación de la situación de dominación” (Balsa, 2006, p. 16).



elemento decisivo para distinguir entre la hegemonía y la dominación, entre el consenso y la coerción. En ese sentido, la hegemonía se estaría planteando dos retos que coinciden con las preguntas que una vez enunció Terry Eagleton, a saber:

¿Cómo tomará el poder la clase trabajadora en una formación social donde el poder dominante está sutil y ampliamente extendido a través de prácticas diarias habituales, íntimamente conectadas con la cultura misma e inscritas en nuestras experiencias desde la guardería al tanatorio? ¿Cómo combatir un poder que se ha llegado a entender como el “sentido común” de la sociedad en vez de percibirse como algo extraño y opresivo? (2005, p. 154).

No obstante, estos retos, la clase que quiera alcanzar la hegemonía tiene que alcanzar el consenso, lo que a su vez implica, como dice Santiago Castro-Gómez, que dicha clase logre “que las demás clases acepten voluntariamente todo su sistema de valores”, es decir “una forma de poder que, sin embargo, no recurre a la violencia física sino al liderazgo moral y cultural con el fin de asegurar la adhesión y el consentimiento libre de las masas” (2015, p. 294).

Todos esos retos se resuelven en una lucha ideológica que en la teoría de Gramsci tiene un papel central. El lugar de esta lucha es, según Gramsci, el conjunto de las instituciones de la sociedad civil o “los organismos vulgarmente llamados privados” como la iglesia, las escuelas, los medios de comunicación, etcétera, y el objetivo es la obtención del “consenso espontáneo que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo dominante” (1975, pp. 17-18). En la interpretación de Mouffe, además del aspecto político de la definición gramsciana de hegemonía, sobresale el elemento intelectual y moral que apunta hacia “las condiciones ideológicas que deben ser cumplidas para que sea posible una [...] voluntad colectiva” (1985, p. 130). En la construcción de la

hegemonía, entonces, la ideología cumple un papel privilegiado pues, como ella asegura, para el comunista italiano “los hombres siempre toman conciencia de sí mismos y de sus tareas en el terreno de una concepción determinada del mundo, y toda posibilidad de transformar la sociedad debe pasar necesariamente por la transformación de esa concepción del mundo” (1985, p. 130).

Para la autora belga hay una diferencia muy grande entre la propuesta teórica de Gramsci y cualquiera que se haya formulado antes que él. Y eso porque para el italiano no hay ideologías prefijadas por X situación de clase, mismas que después entran en conflicto (ideología proletaria versus ideología burguesa). Hay, eso sí, una visión o concepción común del mundo que de ninguna manera corresponde exclusivamente a “la ideología clasista de una clase dominante”. Una concepción del mundo es, más bien, una articulación, mediante el principio hegemónico, de un conjunto de elementos ideológicos que no tienen ningún carácter de clase predeterminado, ni es la expresión exclusiva de una clase, por más dominante que ésta sea. Para Gramsci, asegura Mouffe, una clase no necesariamente se convierte en hegemónica una vez que llega al poder por la vía que sea y toma el control de los aparatos ideológicos del Estado; se convertirá en hegemónica cuando sea,

...capaz, a través de la lucha ideológica, de articular a su principio hegemónico las mayoría de los elementos ideológicos importantes de una sociedad dada. Por ello le ha sido posible crear una visión del mundo determinada y establecer una cierta “definición de la realidad” que es aceptada por aquellos sobre los cuales ejerce su hegemonía (1985, p. 130).

En suma:

Es en la ideología, a nivel del discurso, donde se crea esta

definición de la realidad que, desde el filósofo hasta el sentido común, pasando por todos los niveles de cultura, definirá lo que es justo y lo que es injusto, lo que es posible y lo que es imposible, y son estos “límites del mundo” lo que es preciso transformar para crear otro tipo de “subjetividad”. Esta importancia de la ideología había sido obviamente captada por los clásicos del marxismo, pero ellos consideraban que el cambio sólo sería posible después de la toma del poder, lo cual conducía a negar la importancia de los factores subjetivos en el proceso revolucionario. Este error, que provenía de una concepción de la ideología como falsa conciencia que desaparecería una vez que las condiciones económicas hubieran sido modificadas, fue desastroso en el caso de los países occidentales, donde la hegemonía de la burguesía permitió a ésta imprimir su dirección intelectual y moral a la sociedad y presentarse como portadora del interés general (Mouffe, 1985, p. 144).

Esta interpretación de Mouffe, que no difiere de Laclau, generó muchas críticas, las cuales no podrían siquiera enunciarse en este breve trabajo. Sólo mencionaré rápidamente las que considero más importantes y que se conectan con otras características del concepto gramsciano de hegemonía. Me refiero a las críticas vertidas, por un lado, contra el supuesto énfasis puesto en la cuestión del consenso dentro de la sociedad civil y, por el otro lado, a su neoidealismo o al papel nulo que le dio a las condiciones materiales o económicas de la hegemonía.

Sobre la primera crítica, el filósofo español César Ruiz Sanjuán mostró las deficiencias teóricas y prácticas de la “interpretación reducida de la hegemonía”, interpretación que suele resaltar el papel del consenso, y que soslaya la función y la importancia de la coerción<sup>12</sup>

---

12 La razón de que la obra de Gramsci sea interpretada en dos sentidos contrapuestos es explicada por Perry Anderson de la manera siguiente: “En los *Cuadernos*, la hegemonía adquiriría así dos ampliaciones de significado en tensión mutua. Ahora incluía tanto la obtención

o la fuerza que es inseparable en todo ejercicio de la hegemonía.<sup>13</sup> Este tipo de interpretaciones, según él:

Está en la base de la idea socialdemócrata de la *vía parlamentaria al socialismo*, según la cual la estrategia socialista debe consistir en ganar ideológicamente a la clase obrera hasta que se alcance una mayoría aritmética, de modo que se haga posible un tránsito pacífico e indoloro hacia el socialismo (2016, p. 7).

Los que han estudiado la teoría marxista saben que, por defender ideas similares, Eduard Bernstein fue criticado duramente a principios del siglo XX. Cuando analicemos el planteamiento de Engels abordaremos un poco más este asunto. Lo que no se ha querido mencionar por algunos comentaristas es, justamente, la parte leninista que siempre acompañó al pensamiento de Gramsci, recordemos que para Lenin el tránsito hacia el comunismo era impensable sin la implementación temporal de la dictadura del proletariado y la hegemonía. Como diría Perry Anderson “la hegemonía era polivalente: impensable sin consentimiento, impracticable sin la fuerza” (2018, p. 23). Dicho en palabras de Gramsci:

El criterio histórico-político en que debe basarse la investigación es este: que una clase es dominante de dos maneras, esto es, es «dirigente» y «dominante». Es dirigente de las clases aliadas, es dominante de las clases adversarias. Por eso una clase antes de subir al poder puede ser «dirigente» (y debe serlo): cuando está en el poder se vuelve dominante, pero sigue siendo también «dirigente» (1981, p. 107).

---

por los gobernantes del consentimiento de los gobernados como la aplicación de la coerción necesaria para hacer cumplir sus órdenes. Como dejaban claro sus formulaciones originarias, la intención de Gramsci era conjugar las dos; pero sus notas en la cárcel eran fragmentarias y exploratorias, no terminadas o concluyentes, lo que permitía oscilaciones o incoherencias de expresión” (2018, p. 21).

13 José Luis Villacañas, es uno de los que han hecho algunas observaciones a la interpretación que de Gramsci hicieron Laclau y Mouffe: “el populismo asume a Gramsci y su teoría de la hegemonía, pero detesta su sentido pragmático, su aspiración teleológica, su capacidad de fundar una Diktatur” (2015, p. 55).

Para Ruíz Sanjuán, no hay duda de que la relación entre el consenso y la coerción se ha querido plantear como “una relación de mutua exclusión”, pero hay pruebas, en la misma obra de Gramsci, donde claramente se muestra, más bien, “que ambos están dialécticamente interrelacionados” (2016, p. 8). Como muestra de ello cita lo siguiente donde Gramsci señala que la hegemonía es la suma entre la fuerza y el consenso:

El ejercicio “normal” de la hegemonía en el terreno, ya clásico, del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública –periódicos y asociaciones– que, con este fin, son multiplicados artificialmente (1980, pp. 125-126).

La oposición entre el la coerción y el consenso también ha sido trasladada, por los gramscianos liberales, a la relación entre la sociedad civil y la sociedad política, ubicando acriticamente la hegemonía dentro de la primera, y la coerción dentro de la segunda. Esto ha traído como consecuencia la despolitización del concepto de hegemonía de Gramsci. Como en el otro caso, Ruiz Sanjuán señala cómo para el autor italiano las dos instancias de la vida social son inseparables y “están intrínsecamente vinculadas y se influyen mutuamente en su funcionamiento” (2016, p. 10)<sup>14</sup>. El no entender esto, el afirmar “que el ámbito propio de la *hegemonía* es la *sociedad civil*, no el Estado”,

14 En este fragmento de Gramsci se señala que las instancias señaladas se ubican en el plano de la superestructura, lo cual implica que su relación es orgánica, sólo separable metodológicamente: “Por ahora se pueden fijar dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar de la “sociedad civil”, que está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados “privados” [,] y el de la “sociedad política o estado” que corresponde[n], [respectivamente], a la función de “hegemonía” que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y la del “dominio directo” o de comando que se expresa en el estado y en el gobierno ‘jurídico’”( 1975, p. 17).

trae como consecuencias teóricas la culturalización de la política, muy lejos de la pretensión gramsciana de politizar la cultura. Pero las consecuencias no son sólo teóricas, sino también prácticas pues, como señala Ruiz Sanjuán:

...el concepto de *hegemonía* se convierte así en una suerte de concepto “anti-político”, que funciona como un dispositivo que diseña una labor de zapa al nivel de la sociedad civil y que deja para las calendas griegas la lucha por el espacio político, que entretanto sigue siendo monopolio de la clase burguesa (2016, p. 10).

Respecto a las críticas que se le ha hecho al idealismo de la interpretación de Laclau y Mouffe, considero que son dos las que cabe exponer aquí, las dos relacionadas a la pretensión de querer articular una hegemonía, y postular un sujeto político, al margen de las condiciones socioeconómicas. Por un lado tenemos al filósofo francés Jacques Bidet, quien señala que la pareja de autores, en su afán de evadir la perspectiva marxista que le asigna una centralidad a la lucha de clases, al Estado y la economía, desarrollaron su teoría donde “la relación capital/trabajo no es más que un elemento entre otros, de igual importancia que los demás en una sociedad compleja y fluctuante” (2020, p. 114), y donde los elementos discursivos (ideológicos) llevan la batuta en la conformación de las diferentes identidades políticas o posiciones de sujeto. En varias de sus obras, incluso, decidieron ignorar totalmente a la “infraestructura” cayendo, así, en el voluntarismo y/o en el idealismo:

Para decirlo en el lenguaje de Marx, pero también en el de cualquiera de sus equivalentes en cualquier otra aproximación realista crítica: ellos consideran la “superestructura” sin interesarse por la “infraestructura”. En suma, hacen a un lado la cuestión de la estructura que es la cuestión de la relación (compleja) entre estos dos términos. En esas condiciones,

somos lanzados a una historicidad aleatoria y voluntarista que proviene de la capacidad de ciertos proyectos para imponerse sobre otros. A eso se le llamaba antes *idealismo* (Bidet, 2020, p. 117).

Por otro lado, Perry Anderson nunca dejó de mostrar las dos vertientes que ha motivado el concepto de hegemonía del italiano, las que le conceden el peso a la sociedad civil y al consenso frente a la sociedad política y a la coerción, y las que, como Laclau y Mouffe, le asignan el mayor peso al papel intelectual y moral en la articulación hegemónica frente al aspecto económico. En todo caso, Perry Anderson reconoce que en la obra de Gramsci no se trata de elegir una alternativa a la vez que se desecha la otra, sino en la combinación de ambas, y si alguna tuviera más peso que la otra, eso dependería de la coyuntura histórica de la formación social o bloque histórico en cuestión. En su obra clásica, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, cita un fragmento que muestra esta relación no excluyente:

El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir que el grupo dirigente hará sacrificios de orden económico corporativo, pero es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica (Anderson, 1980, p. 40-41).

En su artículo “Los herederos de Gramsci”, Anderson hace una alusión directa a Laclau y a Mouffe, y señala las “aporías” a las que se llega cuando se hace a un lado las condiciones socioeconómicas de los sujetos políticos y se apuesta todo a su articulación discursiva:

El giro lingüístico de la teoría, en consonancia con la moda imperante a finales del siglo xx, propuso un idealismo discursivo, que separaba los significados de cualquier conexión estable con sus referentes. Aquí el resultado fue separar tan completamente las ideas y demandas de los amarres socioeconómicos que en principio podrían ser adoptados por cualquier agencia para cualquier construcción política. De forma inherente, la gama de articulaciones no conoce límites. Todo es contingencia: la expropiación de los expropiadores podría convertirse en consigna de los banqueros, la secularización de las tierras de la iglesia en un objetivo del Vaticano, la destrucción de los gremios en ideal de los artesanos, los despidos masivos en reivindicación de la clase obrera, los cercamientos en objetivo de los campesinos. La propuesta se derrotaba a sí misma. No sólo se podía articular cualquier cosa en cualquier dirección, sino que todo se convertía en articulación. Primero, la hegemonía y, luego, el populismo se presentó como un tipo de política entre otros. Luego, en un movimiento inflacionario característico, se convirtieron en la definición de toda la política como tal, haciéndose así superfluos (2015, p. 91).

## Para pensar la hegemonía con Engels

Como dije en la introducción, en la obra de Engels aparecen algunas ideas que fácilmente pueden identificarse con las que vertieron Lenin y Gramsci sobre la hegemonía. Muchas de esas ideas aparecen en la introducción de Engels a *La lucha de clases en Francia*, misma que escribió el año de su muerte, en 1895, y que fue bautizada por Bernstein, quizá con intenciones inconfesables, como el “testamento político” de Engels<sup>15</sup>. Este texto nunca es referido por Perry Anderson en su historia del concepto de hegemonía. Quienes sí comentaron el “testamento” y vieron, a este respecto, cierta relación de Engels con

---

15 Francesco Ricci (2016) señala que fue Karl Kautsky quien en un libro suyo de 1899 pide no leer la introducción de Engels como un “testamento”, que era como se manejaba dentro del SPD.



Lenin y Gramsci fueron, entre otros, Jaques Texier y Atilio Boron, sólo que no profundizaron lo suficiente en el tema. A continuación, iré presentando las reflexiones del autor alemán que considero aportes suyos para entender la hegemonía en clave marxista.

Engels (1973) recomienda en la introducción a *Las luchas de clases en Francia*, que los dirigentes del movimiento socialista no deben tomar al pie de la letra lo señalado en esos textos sobre la estrategia de lucha a seguir, pues las condiciones históricas y sociales de las que surgieron las luchas políticas en Francia alrededor de 1848 no son las mismas que las imperantes en la Alemania de 1895. Por esta razón, “el método de lucha de 1848, es hoy anticuado en todos los aspectos” (Engels, 1973, p. 16). El método de lucha considerado como anticuado por Engels, mismo que debe ser remplazado, aunque no abandonado de manera definitiva, es la lucha de barricadas y el ataque frontal al poder, es decir, el método implementado en la Revolución francesa de 1789, consistente en “las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes puestas a la cabeza de las masas inconscientes” (1973, p. 32). En su momento, las condiciones histórico-materiales de Francia favorecieron el triunfo de 1789 bajo ese método<sup>16</sup>, pero esto no se repitió en 1848, donde la lucha de barricadas tuvo, si acaso, “más eficacia moral que material”.

Según Engels si las condiciones históricas en el contexto francés de 1848 no fueron favorables para el triunfo del movimiento

---

16 Engels explica una de las razones que llevaron a él y a Marx a considerar este método de lucha como el más efectivo y rápido para conquistar el poder: “Cuando estalló la revolución de febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que desempeñaba el papel primordial en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora partía nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución “social” proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y de 1830” (1973, pp. 14-15).

obrero de aquel entonces, lo serían todavía menos en la Alemania que le tocó vivir, debido, principalmente, al poderío militar que fue adquiriendo el aparato represor del gobierno alemán, poderío consistente en el incremento de efectivos, en un mejor entrenamiento táctico y disciplinario de éstos, y en el uso de un armamento “incomparablemente más eficaz” y destructivo como “cañones”, “fusiles de repetición” y de largo alcance, “cartuchos de dinamita”, y “granadas de percusión, una de las cuales basta para hacer añicos la mejor barricada” (1973, p. 29-30).

Pero así como hubo una transformación en el terreno militar que hizo considerar a Engels (1973) como inviable, e incluso temeraria, la lucha por esa vía, también tuvo lugar un cambio en las condiciones materiales<sup>17</sup> y subjetivas<sup>18</sup> que pusieron “todo patas arriba”, lo cual lo orilló a pensar que el movimiento socialista prosperaría “mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión” (p. 35). ¿A qué medios legales se refiere Engels? Al sufragio universal, el cual tiene las ventajas de “acrecentar” el número de votantes o simpatizantes del movimiento proletario; medir su fuerza organizativa, y la de su adversario, cada tres años; elegir la “acción” a seguir con base en los resultados obtenidos. Además de esto, Engels señala otras ventajas no menos importantes:

---

17 Engels habla sobre el desarrollo del capitalismo que propició que en Alemania, y en otras partes de Europa, hubiera un crecimiento en las filas de la clase proletaria, es decir, “ha puesto en todas partes claridad en las relaciones de clase, la que ha eliminado una multitud de formas intermedias, legadas por el periodo manufacturero y, en la Europa oriental, incluso del artesano gremial, creando y haciendo pasar al primer plano del desarrollo social a una verdadera burguesía y a un proletariado auténtico” (1973, p. 19). Más adelante señala que gracias al periodo de estabilidad de las últimas dos décadas hubo un “desarrollo industrial pacífico”, y debido al incremento de los impuestos, para solventar el exorbitante gasto militar, se “echó a las clases pobres de la población en los brazos del socialismo” (Engels, 1973, p. 23).

18 Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra (1980) señalan que el establecimiento, por parte de Bismarck, del sufragio universal en Alemania, se debió a varios factores entre los que resalta la presión que ejercieron los dos partidos obreros y su militancia. Los principales grupos eran los lassalleanos (Asociación General de Trabajadores de Alemania) y los marxistas (Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania).

[la] agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo, frente a nuestros ataques, sus ideas y sus actos; y, además, abrió a nuestros representantes en el parlamento una tribuna desde lo alto de la cual pueden hablar a sus adversarios en la cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines (1973, pp. 25-26).

Más allá de que el sufragio universal haya generado, entre otras cosas, un crecimiento considerable en el número de militantes y simpatizantes del movimiento socialdemócrata<sup>19</sup>, en esta cita aparecen dos ideas que están relacionadas con las concepciones leninista y gramsciana sobre la hegemonía. Por un lado, Engels consideraba que la lucha por el sufragio les daba la oportunidad de “entrar en contacto con las masas del pueblo”, lo cual implicaba que el partido no sólo buscara ganar la simpatía de la clase proletaria, sino que también intentara acercarse a otras clases para establecer y liderar una alianza contra el régimen establecido<sup>20</sup>. Por el otro, Engels entiende la importancia de llevar la ideología y el programa socialista a otras tribunas o escenarios que no tenían cuando el partido operaba desde la clandestinidad, es decir, trasladar su lucha ideológica a las instituciones estatales misma. Veamos con más detalle estas dos ideas.

Antes que Lenin y Gramsci, Engels ya contemplaba la necesidad de que el movimiento socialista en Alemania encontrara la manera de establecer y dirigir una alianza con las otras clases marginadas, en especial con algunas fracciones de la clase campesina. Sin dicha

---

19 Como Engels lo señala, el movimiento socialdemócrata pasó en un periodo relativamente corto (de 1871 a 1893) de 100 mil a casi 2 millones de electores.

20 Esta propuesta de Engels, y todo lo que ella implica, tienen para Atilio Boron (2000) “una clara resonancia gramsciana”, pues anticipa aquella idea del comunista italiano donde es prioritario, para poder acceder al poder, volverse hegemónica o apuntar a “la conquista de las grandes mayorías nacionales”.

alianza, sus posibilidades de éxito serían bastante remotas. Pero esto no sólo en Alemania, pues como dice Engels “incluso en Francia –los socialistas van dándose cada vez más cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen de antemano a la gran masa del pueblo, lo que aquí equivale a decir a los campesinos” (1973, p. 32). En su texto “El problema campesino en Francia y Alemania”, un texto que no ha recibido la importancia que se merece, Engels expresa con más detalles los alcances y la estrategia para ganar el consentimiento de la clase campesina. Siempre se consideraba a Lenin como el primer marxista en identificar la importancia de establecer la alianza con el campesinado para la construcción del comunismo, y muy pocos<sup>21</sup> le dieron ese mérito a Engels a pesar de la claridad con la que expresó que:

[...] la conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima. Pero, para conquistar el poder político, este partido tiene antes que ir de la ciudad al campo y convertirse aquí en una potencia”, más aún: “*contra la voluntad* de los pequeños campesinos no cabe [...] ninguna transformación revolucionaria verdadera (2001, p. 76).

Pero estos no son los únicos fragmentos donde Engels sugiere la alianza de clases, ni tampoco es la clase campesina el único objetivo de dicha alianza. En la misma introducción que estamos analizando nuestro autor habla de intentar ganar el consentimiento “de las capas medias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños comerciantes” (1973, p. 34)<sup>22</sup>. En el prólogo de 1870 a su

21 Como bien señala Henrich Gemkow (1975), mucho antes de que Lenin viera la importancia de la cuestión campesina, Engels se fue convenciendo cada vez más de que sin la alianza con los campesinos el movimiento socialista estaba destinado al fracaso, y esta idea se consolida precisamente en este texto de 1894.

22 Henrich Gemkow señala que Engels también propuso una alianza con los intelectuales. Para sostener esto cita una carta de Engels escrita en 1890 y dirigida a August Bebel donde habla de la importancia de esta alianza: “En sus últimos años de vida, Engels se interesó

obra *Las guerras campesinas en Alemania* plantea que, si el proletariado quiere “constituir la mayoría del pueblo alemán”, tiene forzosamente que buscar aliados entre las clases siguientes: “pequeños burgueses, el lumpenproletariado de las ciudades, los pequeños campesinos y los obreros agrícolas” (1971, p. 18-19). Por su parte, también en “El problema campesino en Francia y Alemania”, llegó a afirmar que en el partido socialdemócrata “cabén individuos de todas las clases sociales”, esto sin dejar de aclarar que no puede tener cabida en modo alguno ningún grupo que represente intereses capitalistas (Engels, 2001).

Ahora bien, contrario a lo que opinaron Laclau y Mouffe sobre el marxismo previo a Gramsci, para Engels es evidente que la alianza de clases, bajo la dirección del proletariado, no es posible sin una lucha ideológica. Para el autor comunista, las condiciones económicas de cierta formación social pueden generar un gran ejército de proletarios, pero estas mismas no producen en automático, o de manera mecánica, ni una conciencia de clase acorde con sus intereses, ni una lucha política contra el capitalismo, ni mucho menos la alianza de las clases desposeídas de los medios de producción. En otros de sus escritos, solo o en la compañía de Marx, Engels siempre tuvo en mente la importancia de la lucha ideológica. En *La ideología alemana*, por ejemplo, no dejan de señalar lo prioritario que es “engendrar en masa” una “conciencia comunista” (Engels, 1958, p. 82) para la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista. En el prefacio

---

primordialmente por la relación entre la clase obrera y la intelectualidad con miras al advenimiento de una futura sociedad socialista. Pero, en repetidas oportunidades Engels hizo notar a August Bebel que un sólido partido de clase proletario, en el que se ha impuesto el marxismo, puede y debe poner en práctica una política activa de alianza con la intelectualidad: “Para tomar posesión y poner en movimiento los medios de producción, necesitamos gente con instrucción técnica, y en cantidad [...] y preveo que en los próximos ocho o diez años reuniremos bastantes jóvenes técnicos, médicos, abogados y maestros para que podamos administrar las fábricas y las grandes fincas en nombre de la nación y con camaradas del partido” (1975, p. 210).

antes mencionado de *Las guerras campesinas en Alemania*, señala que para que la clase obrera se convierta en la vanguardia del movimiento revolucionario, tiene que “redoblar sus esfuerzos” para, por un lado, derrocar a la ideología dominante, es decir, para “desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo”, y por el otro, para “difundir” cada vez más la conciencia socialista tanto “entre las masas obreras”, como “entre la población rural” (Engels, 1971, p. 29). Y en 1893, en una carta a Mehring, señala el peso significativo que tiene la lucha contra la ideología dominante para el derrocamiento del régimen, y lo dice con las siguientes palabras:

La destrucción de las leyendas patrióticas de la monarquía no es una condición absolutamente indispensable para derrocar esa misma monarquía que sirve para encubrir la dominación de clase [...], pero es, a pesar de todo, uno de los resortes más eficaces para lograr ese derrocamiento (Engels, 1955, p. 533).

Para Engels, entonces, los potenciales logros de la lucha legal e ideológica consisten en la ganancia de adeptos; en la posibilidad de contactar y convencer a los diversos sectores de la sociedad de las ventajas de su proyecto político y social; en la oportunidad, incluso, de conformar una ideología y un programa que incluya las ideas y los intereses de las clases aliadas<sup>23</sup>. Y en esto no difiere del joven Marx, quien sostuvo, en su texto “En torno a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel”, que una clase que quiera asumir el papel de representante de todas las clases, no tendrá éxito si no logra generar

---

23 En el prólogo de 1890 del *Manifiesto comunista*, Engels declara que Marx redactó un programa para los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores, donde se reflejaron las ideas y no se cerró “las puertas a las *trade unions* inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles y a los lassalleanos alemanes”, y que, incluso, fue aplaudido por “el propio Bakunin y los anarquistas” (Marx y Engels, 1998, p. 141).

un discurso ideológico que gane la simpatía de éstas. Dicho con sus propias palabras:

Ninguna clase de la sociedad burguesa puede desempeñar este papel sin provocar un momento de entusiasmo en sí y en la masa, momento durante el cual confraterniza y se funde con la sociedad en general, se confunde con ella y es sentida y reconocida como su representante general y en el que sus pretensiones y sus derechos son, en verdad, los derechos y las pretensiones de la sociedad misma, en el que esa clase es realmente la cabeza social y el corazón social. Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase especial reivindicar para sí la dominación general (1967, p. 12).

En general, para Engels (1973) la clase obrera debe ganar, a través de la lucha ideológica, el consentimiento y la dirección de las demás clases, y debe constituir una ideología que combata a la ideología burguesa. Como tal ideología no se formula ni se difunde en el vacío, es indispensable llevarla a como dé lugar a los espacios públicos a su disposición, y qué mejor si el mismo sistema imperante permite la participación de las clases marginadas en las mismas instituciones donde la clase dominante impone su dominio ideológico. Como él mismo lo dice: “las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones” (Engels, 1973, p. 26).

Las instituciones que Engels considera como las principales donde la clase burguesa ejerce su dominio ideológico son, además del sufragio universal y el parlamento, los sindicatos, los partidos

políticos<sup>24</sup>, la prensa y las escuelas<sup>25</sup>. Este último caso no es mencionado por Engels en la introducción al texto de Marx, pero en un mensaje suyo de diciembre de 1893, y dirigido a estudiantes socialistas, nos hace creer que también consideraba el ámbito escolar como un espacio nada despreciable para lucha ideológica. El mensaje es el siguiente:

Les deseo mucho éxito en sus esfuerzos por despertar entre los estudiantes la conciencia de que de sus filas debe salir el proletariado intelectual llamado a jugar un papel significativo en la futura revolución, al lado y en medio de sus hermanos, los trabajadores manuales (Engels citado en Gemkow 1975, p. 210).

En *La ideología alemana* Marx y Engels (1958) señalaban cómo la clase dominante controlaba “los medios para la producción espiritual”, lo cual era indispensable para su “producción material” y para el sometimiento de quienes no cuentan con dichos medios<sup>26</sup>.

---

24 A este respecto, pero refiriéndose a Gramsci, Carlos Vilas (2020) señala cómo la lucha electoral por controlar el parlamento es una de las formas más representativas de la guerra de posiciones: “la realidad a la que la metáfora alude no es otra que la de la política democrática y su competencia de mayorías y minorías, alianzas y oposiciones. Las clases y grupos que se expresan a través de los partidos buscan sostener o incrementar la hegemonía en la sociedad y en el Estado; compiten electoralmente para aumentar su gravitación en el parlamento y otros órganos representativos y en los órganos de ejecución”.

25 Atilio Boron (2000) señaló que Engels tuvo más sensibilidad que Marx para identificar la complejidad y modificaciones de la dominación capitalista a través de las instituciones estatales, lo cual prefigura “la reelaboración gramsciana del estado en un sentido amplio, abarcativo no sólo de las instituciones de la sociedad política sino también de aquellas propias de la sociedad civil. Aún cuando la experiencia histórica posterior demuestre que Engels sobrestimó las posibilidades ofrecidas por estos nuevos complejos institucionales y representativos del estado capitalista y la legalidad burguesa, lo cierto es que sus precoces observaciones sirvieron para repensar desde nuevas bases toda la problemática estatal del capitalismo”.

26 La cita completa es la siguiente: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente” (Marx y Engels, 1958, p. 50).



Sostenían que la reproducción de sus relaciones de explotación y dominio se debía, en parte, a que la clase en cuestión había elaborado todo un discurso ideológico para hacer creer a las demás clases que sus intereses particulares son favorables para todo el mundo, es decir, para convencerlas de que es la que encarna las ideas, los valores y los intereses de todos. En otras palabras:

En efecto, cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada, para poder sacar adelante los fines que persigue, a presentar su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, expresando esto mismo en términos ideales, a imprimir a sus ideas la forma de lo general, a presentar estas ideas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta. La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el solo hecho de contraponerse a una clase, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la clase única, la clase dominante (Marx y Engels, 1958, p. 52).

Esto lo tendrá presente Engels en 1895, y por eso mismo sugirió que no se abandonara la lucha ideológica mientras existiera la oportunidad de introducirla en las instituciones donde la burguesía encubre o legitima su dominio. De todas las instituciones que señala, la lucha por el sufragio es trascendental, pues permite al partido tanto demostrar que los intereses de la burguesía están muy lejos de representar a “todo el pueblo” (Engels, 1973), como presentar el proyecto socialista como el que verdaderamente incluye y ofrece las condiciones sociales para la vida digna y la libertad de la masa del pueblo. Incluso la lucha en ese terreno puede hacer posible, según lo señala en la introducción, aquello que Marx dijo sobre la transformación del sufragio universal “de medio de engaño que había

sido hasta aquí, en instrumento de emancipación” (1973, p. 25)<sup>27</sup>.

Evidentemente, Engels no era tan optimista como para pensar que el triunfo electoral se convertiría en la sociedad comunista o en la emancipación humana, ni tampoco que dicho triunfo llegaría de forma inmediata y pacífica. Para él, la lucha legal o parlamentaria, así como la batalla ideológica implicada, no era una lucha inútil, sino indispensable para seguir reclutando aliados y “fortalecer diariamente” la “fuerza de choque” “hasta el día decisivo” (Engels, 1973). En 1895, dice Engels, las condiciones históricas no permitían al proletariado “conquistar la victoria en *un* gran ataque decisivo”, y por lo mismo “tiene que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz” (p. 20).

Esta diferencia engelsiana entre el “ataque decisivo” y el “avance lento de posición en posición”, fue interpretada por Jacques Texier como precursora de la concepción de Gramsci sobre la “guerra de posiciones” y la “guerra de movimientos”. Y señala, usando la terminología gramsciana, que para el viejo Engels la revolución en el sentido clásico, o la guerra de movimientos, no estaba en aquel entonces a la orden del día, pero sí estaban las condiciones para “la guerra de posiciones y la conquista de la hegemonía” (1994, p. 30). Esta última es una guerra pacífica dentro de las instituciones de la sociedad civil, y cuyos resultados son paulatinos<sup>28</sup>, dado que el objetivo ahí es el de ganar la hegemonía o construir una ideología que obtenga el consenso por parte de quienes integran la formación social en cuestión, y esto no se logra de la noche a la mañana. Lo contrario ocurre en el caso de “el ataque decisivo” o “guerra de movimientos”, la cual no puede prescindir de la violencia, aunque sus resultados

---

27 Esta sentencia la toma Engels de la introducción del Programa del Partido Obrero Francés hecha por Marx en 1880.

28 Según Atilio Boron (2000), esta tiene lugar en “un horizonte temporal mucho más prolongado y formas y métodos de organización y de lucha popular”.

pueden ser inmediatos. Además, sugiere que el optar por una u otra forma de lucha dependerá de qué tan extendido esté el poder de las clases dominantes en las diferentes instituciones. Si sucede que en cierta formación social se cuenta con un poder difuminado en sus instituciones estatales y de la sociedad civil, la mejor táctica no es la resignación, ni tampoco la de “bajar a la calle para hacerse degollar” sino disputarle el dominio ideológico, o la hegemonía, a la clase que produce y difunde su ideología dentro de esas mismas instituciones.

Para el mismo Texier (1994), Marx y Engels, tanto antes de 1848, como a partir de 1871, consideraron la lucha legal dentro de las instituciones como una opción para acceder al poder político. Según su lectura, la pareja de revolucionarios distinguió entre aquellas formaciones sociales (del mundo continental) donde no existían instituciones democráticas, y aquellas (del mundo anglosajón) donde sí existían. En el primer caso no había otra alternativa que optar por la vía violenta o el “ataque decisivo”; y en el segundo, la táctica que rendiría más frutos sería la lucha pacífica a través del sufragio universal. Para mostrar esto, Texier cita el escrito que de forma clara expresa esta alternativa, se trata de un discurso pronunciado por Marx en 1872, en un congreso de la Primera Internacional:

El obrero tiene que apoderarse un día de la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; debe derribar la vieja política que sostiene las viejas instituciones (...) Pero no hemos pretendido que para llegar a este fin los medios fuesen idénticos. Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, los usos y las tradiciones de las diferentes regiones y no negamos que existen países como América, Inglaterra y si conociera mejor las instituciones de ustedes, añadiría Holanda, donde los trabajadores pueden alcanzar sus fines por medios pacíficos. Si esto es verdad, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente es la fuerza la que tiene que ser la palanca de nuestras revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo (Marx como se citó en Texier, 1994, p. 25).

Las ideas de Engels sobre las dos estrategias, las cuales asocia Jacques Texier a las guerras de posición y de movimiento, fueron caracterizadas por Karl Kautsky como “estrategia de desgaste” y “estrategia de derrocamiento”, respectivamente. Perry Anderson trata de mostrar las sorprendentes similitudes que hay entre la diferencia kautskiana de las dos estrategias, y la diferencia entre la guerra de posición y de maniobra que posteriormente desarrollará Gramsci. En su texto de 1910, titulado *Was Nun?*, Kautsky reconoció las dos estrategias en la introducción de Engels que estamos comentando, y la parte precisa donde lo hace es citada por Perry Anderson, sólo que sin comentar nada al respecto:

A través de una coincidencia de circunstancias propicias, durante los años de 1789-93, los revolucionarios en Francia lograron deteriorar el régimen dominante mediante un audaz ataque con unos cuantos golpes decisivos. Esta estrategia de derrocamiento era la única, de que disponía entonces una clase revolucionaria en un Estado absolutista policiaco que excluía cualquier posibilidad de formar partidos o de que las masas populares ejercieran cualquier tipo de influencia constitucional sobre el gobierno. Una estrategia de desgaste hubiera fracasado porque el gobierno, enfrentado a opositores que querían unirse para organizar una resistencia duradera a él, siempre les hubiera cortado sus posibilidades de organización o coordinación. Esta estrategia de derrocamiento estaba todavía en pleno florecimiento cuando se fundó nuestro partido en Alemania. El éxito de Garibaldi en Italia y las deslumbrantes aunque perdidas luchas de la insurrección polaca fueron el antecedente inmediato de la agitación de Lassalle y de la fundación de la Internacional. La Comuna de París siguió poco después. Pero fue precisamente la Comuna la que mostró que los días de una táctica de derrocamiento ya habían pasado. Estaba adaptada a circunstancias políticas caracterizadas por una ciudad capital dominante y un sistema de comunicaciones inadecuado que imposibilitaba la concentración rápida de grandes números de tropas provenientes del campo; estaba adaptada también a un

nivel de técnica en planeación de calles y equipo militar que adjudicaba un gran número de oportunidades a la lucha en la calle. Entonces fue cuando se asentaron las bases para una nueva estrategia de la clase revolucionaria que Engels tan agudamente contrapuso finalmente a la vieja estrategia revolucionaria en su introducción a *La lucha de clases en Francia* y que puede muy bien designarse como una estrategia de desgaste. Esta estrategia nos ha ganado a partir de entonces los más brillantes éxitos y ha dotado al proletariado año tras año de una fuerza mayor colocándolo más que nunca en el centro de la política europea (Kautsky, como se citó en Anderson, 2006, p. 115).

Dicho esto, ya sólo nos queda mencionar que la apuesta de Engels por la lucha legal o dentro de las instituciones, lo mismo que en Lenin y Gramsci, no debe interpretarse como una renuncia definitiva a la vía revolucionaria para establecer el socialismo. Como él mismo lo dice en el “testamento”, la revolución es un derecho irrenunciable, más aún, “es el único derecho realmente histórico, el único derecho en que descansan todos los Estados modernos sin excepción” (Engels, 1973, p. 33). Este matiz fue omitido en la primera publicación de la introducción y, a pesar de sus reclamos<sup>29</sup>, no fue

---

29 La puntualización que hace Engels, así como otras donde queda claro que no renuncia a la estrategia revolucionaria, fueron omitidas sin su autorización en la versión que se publicó en *Vorwärts*, órgano principal del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), el 30 de marzo de 1895. Casi inmediatamente después de la publicación mutilada de sus texto se quejó ante el partido y escribió dos cartas donde expresaba su inconformidad, una es del 1º de abril y dirigida a Karl Kautsky, donde expresa lo siguiente: “Para mi sorpresa, veo hoy en el *Vorwärts* un extracto de mi Introducción, impresa sin mi conocimiento y cortado de tal modo que parezco un pacífico pregonero de la legalidad a cualquier precio... Le daré a Liebknecht una buena respuesta y también, no importa quién sea, a todos aquellos que le dieron la oportunidad de distorsionar mi opinión sin siquiera decirme una palabra sobre esto”. Y la otra es del 3 de abril, y es dirigida a Paul Lafargue: “Liebknecht acaba de hacerme una buena. Seleccioné de mi Introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848-50 todo lo que podría servirle de apoyo a la táctica de paz a cualquier precio y de oposición a la fuerza y a la violencia, lo cual le gusta pregonar desde hace ya algún tiempo, especialmente ahora, cuando se preparan en Berlín leyes coercitivas. Pero yo estoy defendiendo estas tácticas sólo para la Alemania de hoy, e incluso así con una importante reserva. En Francia, Bélgica, Italia y Austria estas tácticas no podrían ser seguidas como tales y en Alemania pueden convertirse en inaplicables mañana” (Engels, como se citó en Kellog, 1995).

sino hasta 1930 cuando ésta apareció de manera íntegra<sup>30</sup>. Engels nunca renegó de la lucha revolucionaria<sup>31</sup>, pero tampoco mostró un optimismo radical en los alcances de la lucha parlamentaria. Él nunca se planteó el dilema de si se optaba por una acción renunciando a la otra. Para el revolucionario alemán, las dos luchas, sin descuidar la lucha sindical, son importantes, e incluso, como ha mostrado la historia, pueden ir de la mano<sup>32</sup>. La lucha legal, dice Engels (1973) al referirse a “las campañas de agitación electoral y los discursos socialistas en el parlamento”, puede ir “abriendo brechas” dentro del sistema, a un grado tal que el mismo “poder imperante” rompa el “contrato” contraído con el pueblo, y arroje a este último en manos de la revolución<sup>33</sup>. Algo parecido es mencionado por Engels en 1886, a propósito de la intuición de Marx sobre el posible tránsito pacífico

---

30 Para conocer cómo fue el proceso de escritura, censura, mutilación y publicación de la Introducción de Engels, véase el texto de Francesco Ricci (2016), “El «testamento» falsificado de Engels: una leyenda de los oportunistas”. A pesar de que se publicó íntegra la introducción de Engels, hubo autores que nunca se enteraron de ello y que contribuyeron a la confusión o a tachar a Engels de “revisionista”. Paul Kellog (1995) señala que Lucio Colletti fue de aquellos comentaristas de Engels que no conoció la versión íntegra de la Introducción de Engels, lo cual lo orilló a tratar de defender la tesis de que las raíces del revisionismo de Eduard Bernstein estaban justamente en dicho texto del compañero de Marx, esto en su texto “Bernstein y el marxismo de la II Internacional”.

31 En una carta escrita en 1892 a Laura Lafargue, se ve claramente que Engels, a pesar de los triunfos del partido socialdemócrata en el terreno electoral, veía a la revolución como algo latente: “Desde luego, la próxima revolución que se está preparando en Alemania con un rigor y una constancia sin paralelo en parte alguna, ocurriría por sí misma a su debido tiempo, digamos en 1898-1904”. (Marx y Engels, 1972, p. 331).

32 Como opina Rosa Luxemburgo (1976), tanto la lucha legal como la revolución “no son métodos diferentes de desarrollo social que pueden elegirse al gusto en el escaparate de la historia, justamente como se prefieren salchichas frías o calientes”. Más adelante asegura que los logros de la lucha por las vías legales puede poner la mesa servida para una transformación revolucionaria, como sucedió en el tránsito del feudalismo al capitalismo: “Encontramos que las reformas legales no sólo anticiparon la conquista del poder político por la burguesía, sino que, por el contrario, la prepararon. Una formal transformación político-social fue tan indispensable para la abolición de la esclavitud como para la completa supresión del feudalismo” (Luxemburgo, 1967, pp. 88-91).

33 La idea engelsiana sobre la lucha ideológica que precede a la revolución queda clara en este fragmento: “En el siglo XVIII, cuando la burguesía fue ya lo bastante fuerte para tener también una ideología propia, acomodada a su posición de clase, hizo su grande y definitiva revolución, la revolución francesa, bajo la bandera exclusiva de ideas jurídicas y políticas, sin preocuparse de la religión más que en la medida en que le estorbaba” (Engels, 1955, p. 401).

hacia el socialismo en Inglaterra. En este caso, el amigo de Engels también puntualizaba que en dicho tránsito se atravesaría, tarde o temprano, la contrarrevolución nada pacífica de los dueños de los medios de producción y sus aliados:

En tales momentos ha de escucharse, sin duda, la voz de un hombre cuya teoría íntegra es el resultado del estudio, efectuado durante toda una vida, de la historia y situación económica de Inglaterra, y a que este estudio lo indujo, a la conclusión de que, cuando menos en Europa, Inglaterra es el único país en el que la inevitable revolución social podrá llevarse a cabo enteramente por medios pacíficos y legales. No se olvidaba de añadir, ciertamente, que consideraba muy improbable que las clases dominantes inglesas se sometieran, sin una “rebelión a favor de la esclavitud”, a esa revolución pacífica y legal (Marx, 1977, p. 32).

En suma, Engels señala que la “tarea principal” del partido socialdemócrata es ir ganando adeptos hasta convertirse “en una potencia decisiva del país” y desbordar “por sí mismo el sistema de gobierno actual” (1973, p. 34). Si no se cumple esta tarea, no se habrá dado el paso necesario para alcanzar aquella sociedad comunista que implica, cito a Engels,

...la emancipación de los trabajadores, la abolición de la mano de obra asalariada y la creación de una sociedad en la que todas las mujeres y los hombres, sin distinción de sexo o nacionalidad, disfruten de la riqueza producida con el trabajo de todos los trabajadores (como se citó en Hunt, 2011, p. 336).

## Referencias

- Anderson, P. (2006). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*. Fontamara.
- Anderson, P. (2015). Los herederos de Gramsci. *New Left Review*, 100, 79-110.
- Anderson, P. (2018). *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*. Ediciones Akal.
- Aricó, J. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Puntosur Editores.
- Balsa, J. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía. *Revista Theomai*, (14), 16-36.
- Bermudo Ávila, M. (1979). *Conocer Engels y su obra*. Dopesa.
- Bidet, J. (2020). Las visiones de Ernesto Laclau y los trucos de Chantal Mouffe. *Logos*, Número 135, pp. 113-129.
- Boron, A. (1996). ¿"Postmarxismo"? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau. *Revista Mexicana De Sociología*, 58(1), 17-42. <http://doi.org/10.2307/3541022>
- Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. CLACSO
- Buci-Glucksmann, C. (1979). *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. Siglo XXI Editores.
- Castro Gómez, S. (2015). *Revoluciones sin sujeto*. Akal.
- Colletti, L. (1977). *La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía*. Anagrama.
- Domènech, A. (2004). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Crítica.
- Dos Santos, T., & Bambirra, V. (1980). *La estrategia y táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. Tomo I, Editorial Era.
- Eagleton, T. (2005). *Ideología. Una introducción*. Paidós.



- Engels, F. (1955). Carta a F. Mehring. *Obras Escogidas*. Tomo II. Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Engels, F. (1955). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. *Obras Escogidas*, Tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjera.
- Engels, F. (1971). *Las guerras campesinas en Alemania*. Grijalbo.
- Engels, F. (1973). Introducción. En, K. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Editorial Anteo.
- Engels, F. (1977). Prólogo a la edición inglesa. En, K. Marx, *El capital*. Siglo XXI.
- Engels, F. (2001). *El problema campesino en Francia y Alemania*. Centro de Estudios Miguel Enriquez.
- Fernández Liria, C. (2015). *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser*. Bonallettera Alcompas.
- Ferraro, J. (1998). ¿Traicionó Engels la dialéctica de Marx? Editorial Itaca.
- Gramsci, A. (1975). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Juan Pablos Editor.
- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo I, Ediciones Era.
- Gramsci, A. (2002). *La cuestión meridional*. Cuadrata Editor.
- Gemkow, H. (1975). *Federico Engels*. Cartago.
- Geras, N. (1987). Postmarxism?". *New Left Review*, núm.163, pp. 40-82.
- Hunt, T. (2011). *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*. Anagrama.
- Kangal, K. (2020). *Friedrich Engels and the Dialectics of Nature*. Palgrave Macmillan.
- Kellog, P. (2013). Engels y las raíces del revisionismo. *Robertexto* <http://www.robertexto.com/archivo6/engels.htm>

- Laclau, E., & Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Larraín, J. (2007). *El concepto de ideología*. Vol. II., LOM.
- Lenin, V.I. (1961a). *La alianza de los obreros y de los campesinos trabajadores y explotados. Obras escogidas*. Tomo II, Progreso.
- Lenin, V.I. (1961b). *Las tareas inmediatas del poder soviético. Obras escogidas*. Tomo II. Progreso.
- Lenin, V.I. (1961c). *El estado y la revolución. Obras escogidas*. Tomo II. Progreso.
- Lenin, V.I. (1976). *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática. Obras completas*. Tomo IX. Akal Editor.
- Lenin, V.I. (1977). *El marxismo y Nasha Zariá. Obras Completas*. Tomo XVII. Akal.
- Lenin, V.I. (2004). *Las tesis de abril*. Fundación Federico Engels.
- López Pino, I. (2000). Marx, Lenin y Gramsci ante el problema de la hegemonía. *Islas. Revista Especializada en Humanidades y Ciencias Sociales*, 42(124), pp. 122-139.
- Löwy, M. (2012). *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*. Biblioteca Nueva.
- Luxemburgo, R. (1967). *Reforma o Revolución*. Editorial Grijalbo.
- Marx, K. (1967). En torno a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. *La sagrada familia*. Editorial Grijalbo.
- Marx, K. (1973). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Anteo.
- Marx, K. (1978a). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Marx, K. (1978b). *La guerra civil en Francia*. Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Marx, K., & Engels, F. (1955). *Obras Escogidas*. Tomo II. Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Marx, K., & Engels, F. (1958). *La ideología alemana*. Ediciones de Cultura Popular.

- Marx, K., & Engels, F. (1972). *Materiales para la historia de América Latina*. Cuadernos de Pasado y Presente.
- Marx, K., & Engels, F. (1998). *Manifiesto comunista*. Crítica.
- Mayer, G. (1978). *Friedrich Engels: una biografía*. Fondo de Cultura Económica.
- Meiksins Wood, E. (2013). ¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado. Ediciones RyR.
- Mouffe, C. (1985). Hegemonía, política e ideología. En, J. Labastida (coord.): *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Siglo XXI.
- Piva, A. (2004). Las raíces marxianas de la noción de hegemonía en Gramsci. *VI Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Piedra Arencibia, R. (2017). *Marxismo y dialéctica de la naturaleza*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Ricci, F. (2016). El «testamento» falsificado de Engels: una leyenda de los oportunistas. Liga Internacional de los Trabajadores Cuarta Internacional. <https://litci.org/es/el-testamento-falsificado-de-engels-una-leyenda-de-los-oportunistas/>
- Rubel, M. (2003). *Marx sin mito*. Octaedro.
- Ruiz Sanjuán, C. (2019). *Historia y sistema en Marx. Hacia una teoría crítica del capitalismo*. Siglo XXI.
- Ruiz Sanjuán, C. (2016). Estado, sociedad civil y hegemonía en el pensamiento político de Gramsci. *Revista de Filosofía y Teoría Política*. (47), e002. <http://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/article/view/RFyTPe002>
- Sánchez Berrocal, A. (2019). Hegemonía y “nacional-popular”, dos categorías adulteradas por la teoría populista. *Res Publica*, 22(2), 409-424.
- Sartre, J.P. (2004). *Crítica de la razón dialéctica*. Tomo I. Editorial Losada.
- Schmidt, A. (1976). *El concepto de naturaleza en Marx*. Siglo XXI.

- Sayers, J., Evans, M., & Redclift, N. (2010). *Engels Revisited. Feminist Essays*. Routledge.
- Texier, J. (1994). *Democracia y revolución*. Ediciones de k&ai.
- Texier, J. (1975). *Gramsci, teórico de las superestructuras*. Ediciones de Cultura popular.
- Valdés Castillo, C. (2017). La categoría de hegemonía: antecedentes desde la tradición marxista hasta el post-marxismo de Laclau y Mouffe. *Otro siglo. Revista de Filosofía*, 1(1), 28-50.
- Vilas, C. M. (2020). La política en Gramsci: hegemonía, revolución pasiva y las democracias posibles. *Carlos M. Vilas*. <https://cutt.ly/jUoc3ZX>
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo*. La Huerta Grande.
- Williams, R. (2003). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Ediciones Nueva Visión.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- Žižek, S. (2017). Da Capo senza Fine. En, J. Butler, E. Laclau & S. Zizek. (2017). *Contingencia, Hegemonía, Universalidad, Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Fondo de Cultura Económica.



## **On Hegemony. Engels, forerunner of Lenin and Gramsci.**

**Gerardo Ambriz Arévalo.** Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Facultad de Filosofía. Morelia, México. E-mail: irmonger@hotmail.com

**Abstract.** In this article I try to show that in the late work of Friedrich Engels there are several ideas that can be associated with the concept of hegemony. The text that concentrates most of these ideas is in the prologue that Engels made in 1899, precisely in the year of his death, for Karl Marx's writing entitled *The Class Struggles in France*. But before the analysis of Engels' prologue, which is known as his "political testament", I will expose the different senses that the concept of hegemony had and that appear in the works of Lenin and Gramsci. This exhibition will help us, first of all, to review the interpretations of Perry Anderson, Cristine Buci-Glucksmann, Jacques Texier, Ernesto Laclau and Chantal Mouffe, José Aricó, Atilio Boron, among other interpretations. Secondly, this exhibition problematizes the concept of hegemony to see what the original contribution of Engels was and what he anticipated the investigations of the Russian revolutionary and the Italian theorist, respectively.

**Keywords:** Marxism; Ideology; Ideology; Hegemony; Revolution; Class Struggle